

El capitán Perros se inclinó y la dijo al oído en voz baja:

—¡Animos! ¡Dios os salva!

—¿Y cuándo desaparecieron?—preguntó Germana con voz ahogada.

—Se lo escribí; pero estaba en el ejército y no recibí mi carta hasta la conclusión de la guerra.

—¿Y por qué tenía tanto interés por aquellas niñas?

—El no tenía hijos y no quería casarse... Además, no explicaba el por qué.

Las dudas que podía abrigar Germana, desaparecieron una á una.

El barón no había mentido.

Había perdido y vuelto á encontrar á aquella niña.

Una fecha y todo estaba aclarado.

Germana hizo temblando, la suprema pregunta á Genoveva, quien adivinaba ahora lo ocurrido entre Santiago de Brandes y la heredera de Roye.

—¿Se sabe—la dijo—el día en que fué llevada á Barfleur esa niña?

—Sí, señora.

—¿Cómo?

—El abate Hubert la bautizó la misma noche. La partida de bautismo dá fe de ello.

—¿Con qué nombres?

—Juana Barfleur.

—Perros,—dijo la señorita de Roye—¿quereis ir á ver?... Yo no tengo fuerzas para hacerlo.

El coche estaba preparado á la puerta de la posada.

En pocos minutos fué á la iglesia y volvió.

—¿Qué hay?—preguntó Germana.

El Breton la cogió la mano, y pálido de emoción, la dijo:

—El diez y seis de setiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Y añadió más bajo:

—¡Vuestro corazón no os engaña; es vuestra hija!

VIII

Calle Vizconti

El señor Pescheux era un notario activo, exacto y positivo.

No desperdiciaba ni sus pasos, ni sus gestiones: iba derecho y seguro al fin.

Adoraba los honorarios; pero ganaba lealmente su dinero.

Era muy honrado en sus funciones; honrado como no se es ya en nuestra época. Triste es confesarlo; pero es necesario ser sincero... algunas veces.

El señor Pescheux no había perdido el tiempo. Se había propuesto probar á Urbano Salvador que su situación era falsa en extremo, porque su conducta había sido un poco dudosa.

El Brasileño, impresionado ya por los acontecimientos; la herida de Juana Barfleur; su propia aventura con los dos Malvados de Montiers y la sorpresa de su secreto por Colette Aubin, tuvo miedo y propuso él mismo un arreglo que fué aceptado sin discusión.

El señor Pescheux había manejado el asunto con destreza.

Habia tomado posesion de una suma líquida de tres millones, y del dominio de Montiers, que valía por lo menos de quinientos á seiscientos mil francos.

Además de esto, Urbano Salvador se habia comprometido por escrito, á abandonar la Francia y á residir durante un plazo de seis años consecutivos en su país natal.

Gracias á la transaccion consentida por el señor Pescheux y al secreto que Colette, para preparar una sorpresa á su hermana, habia tenido interés en guardar acerca de aquel cambio de fortuna, Urbano Salvador continuaba disfrutando considerables rentas, que le permitian ostentar en *Río* un tren de príncipe.

Colette reservaba tambien una sorpresa á otra persona.

Habia adivinado el amor que inspiraba á su salvador y le queria ageno á todo cálculo.

Las jovenes más sencillas, y Colette no lo era, tienen para estos descubrimientos un instinto superior.

Al partir Pedro Aubry, habia dejado comprender á su amigo Andrés, que huía por no comprometerse en una aventura que podría llevarle más allá de lo que él esperaba.

En camino para Tours, pensaba en esto.

Sus reflexiones fueron las de todos los enamorados.

Conocia la interesante carta escrita por la enferma al interno, carta que habia colmado de alegría á Andrés.

Pensaba que Colette no poseia nada, puesto que la miseria, su cariño á su hermana y la imposibilidad de vivir honradamente, la habian arrastrado á la desesperada resolucion que habia tomado.

Colette era, pues, bajo el punto de vista del matrimonio, un abominable partido del cual un hombre del siglo debia alejarse con horror como de un abismo.

No se casa uno con una jóven sin dote, á menos que no se sea ó un héroe ó un tonto.

Pero el doctor Aubry no era completamente un hombre del siglo.

De su primera educacion en casa de sus padres, los cosecheros, le quedaba una vieja levadura de principios hostiles á las costumbres modernas.

Y además... cuando se ama surgen en tropel las objeciones á los principios más sabios. Pedro Aubry se persuadió de que Colette Aubin realizaba á la perfeccion su tipo, su ideal; que en ninguna parte encontraria una muchacha tan admirablemente formada.

Jóvenes que tomen con decision un frasco de láudano, por no perder su honra, son terriblemente raras, hay muy pocas, poquissimas.

La garantia era de las más serias.

El doctor Aubry tenia demasiado buena imaginacion, para ignorar que Colette, tal como él la conocia por haberla curado, tenido en sus brazos y examinado con su libertad de médico, valia tanto oro como pesaba.

¡Y qué carácter más amable! ¡Qué bondad! ¡Qué valentia! ¡Qué cariño por los suyos, puesto que este cariño la llevaba hasta la muerte, último límite que se puede humanamente imponer.

La conclusion de estos razonamientos es fácil de deducirse...

Si al tomar el tren en París el doctor Aubry vacilaba aun, en Orleans estaba ya ganado y al llegar á Tours queria volver atrás sin tardanza.

Bien pensado todo, corrió á exponer el caso á su tío el viejo doctor, sin ambages y sin reticencias.

El excelente hombre le obligó á emprender de nuevo el camino de París, y se encargó de anunciar la noticia á los parientes de Santa Rodegunda.

Pedro Aubry siguió el consejo de su tío sin hacerse rogar, despues de haber abrazado cordialmente al viejo patricio por su bondad y cariño.

De vuelta en París, el Turenés fué directamente á la calle Vizconti y, so pretexto de visitar á la enferma, subió á la habitacion.

Colette estaba ya restablecida.

La juventud tiene inagotables manantiales de vigor.

Estaba un poco pálida por las terribles emociones que habia sufrido; pero en el fondo se consideraba feliz.

Veía ya la vida bajo alegres colores.

Por débil y fatigada que estuviera aun, llegaba en aquel momento del arrabal de Santiago, en donde acababa de pasar dos horas al lado de la enferma, y esto la animaba.

El medio era enormemente eficaz para hacerla olvidar sus pasadas penas.

Juana se encontraba fuera de peligro.

Su curacion no era más que cuestion de tiempo.

Andrés de Fresnaye no ocultaba su alegría.

Colette estaba radiante.

Después de la serie de días malos que habian pasado, iban á comenzar los días felices.

Pedro Aubry se sorprendió de aquella metamorfosis.

Aquella á quien amaba le pareció más seductora aun.

—Aquí me teneis de vuelta—la dijo cuando entró en la habitacion.

—¡Yal!—dijo Colette con tono un poco burlesco, pero tan dulcemente, que aquella burla era en ella un encanto más.

—¿No adivinais el motivo de mi vuelta?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Que sois bueno, habeis pensado que puedo tener aun necesidad de vuestros auxilios; que no estoy completamente restablecida, ó que con mi cabeza, un poco loca, muy exaltada, soy capaz de todo y que es prudente velar por mí.

—No.

—Entonces ya no comprendo...

—Vais á comprender.

—Os escucho.

El doctor Aubry respiró como el tenor que se dispone á dar principio á la parte difícil de su partitura.

Es siempre un momento grave el en que se franquea el Rubicon del matrimonio.

El amor no se encarga como un traje en casa del sastre, ó un sombrero en casa de la modista.

—¡Vamos!—dijo Colette dirigiéndole una mirada bastante burlesca.

Esto fué un estímulo.

—Pues bien, señorita Colette—dijo el joven.

—Creo que el azar que me ha traído á casa del abuelo Gombault tan oportunamente, después de haberos traído á vos misma á esta casa con vuestra hermana, no es ciego... ¡Tenia sus razones!... ¡Sois pobre!...

—¡Oh! sí—dijo Colette con conviccion.

—Tanto mejor. Esto me permitirá ofreceroslo todo y hacerme más tarde yo mismo la justicia de que si os he amado, el dinero, tan útil sin embargo, pero tan vil á mis ojos, no tuvo la más mínima parte en mi pretension. Os pregunto sencillamente: ¿quereis casaros conmigo?

—¡Yo!—exclamó Colette.

—¡A menos que os desagrade!

—¡Oh!

—No soy guapo, lo sé, pero en un hombre la belleza no es indispensable...

—En efecto.

—Todo lo que yo puedo prometeros es que os amaré mucho y siempre. No soy voluble. No os ofrezco una fortuna, pero si una modesta posicion. Entrareis en una familia honrada y de gentes muy sencillas en la cual sereis bien recibida, estad segura de ello. Mis padres son viniticultores. Si la filoxera entra en sus viñas, no les arruinará completamente, pero no faltará mucho. Tengo un tío en buena posicion y soy su único heredero. En fin, tenemos de qué vivir, y espero que las enfermedades no desaparecerán súbitamente y me proporcionarán algunas ren-

tas. Estais al corriente de todo. ¿Qué decis á esto?

—Estoy muy conmovida... ¡Os lo aseguro!...

—¿Pero me rechazais?... En verdad que me desesperaria, porque cuanto más os veo, más comprendo que os amo y que mi felicidad está en vuestros ojos llenos de malicia y de fuego.

—¿Y si acepto?...

—Me colmariais de alegría.

—¿Es cierto eso?

—Os lo juro.

—¿No lamentaríais la fortuna que otra pudiera aportar al matrimonio?

—Jamás.

—Se dice eso, y despues se reconoce que uno se ha engañado. Se piensa que las herederas que tienen la suerte de nacer en la opulencia, no son peores que las otras y que se ha hecho mal en un momento de ilusion en unirse á una pobre jóven sin familia y sin recursos... Se la censura esto aunque no sea suya la culpa y la division entra en la casa para no volver á salir de ella...

—Lo sé; pero creo poder garantiros un porvenir más tranquilo.

—En fin, ¿habeis reflexionado bien?

—Sí.

—¿Nos conocéis de hace tan poco tiempo!...

—No os ocupeis de mí. Yo he profundizado el asunto. Pensad en vos.

—Vos me creéis, sin duda, mejor de lo que soy. Voy á deciroslo todo. Nos habeis visto trabajando. Yo no tengo tanto valor como podeis suponer. Hubiera podido ocurrirme cometer una falta grave por horror á la miseria, tan dura de soportar y que iba á agobiarnos. Yo no valgo más que las demás.

Colette añadió con aquella jovialidad que no podia abandonar:

—¡Ya lo vereis!

Aubry la estrechó la mano en un acceso de alegría.

—¿Aceptais, pues?—exclamó.

Colette se puso colorada.

—¿Lo he dicho?—preguntó.

—Sí.

—Entónces. ¡sea! No me desdigo.

Y tomando un aire grave, añadió:

—Señor Aubry, habeis hecho lo que vuestro amigo de Fresnaye. Habeis venido á nosotras cuando éramos muy desgraciadas. Me dais la mayor prueba de estima que puede dar un hombre á una mujer al ofrecerla unir á ella su suerte. ¿Pedis mi mano?... Tomadla. Os juro ser una buena y honrada esposa.

El doctor Aubry no era galante.

Era un joven honrado, un trabajador de corazon firme y de modales cordiales, sin exceso de protextas y fórmulas de cariño.

Pero aquellas sencillas palabras, le conmovieron profundamente. Inclino su cabeza sobre la de Colette.

La joven le presentó la frente y él apoyó en ella sus labios, mientras que una lágrima de enternecimiento asomaba á sus ojos.

El convenio estaba hecho.

—¿Cuándo nos casaremos?—preguntó el Turcnés despues de un instante de silencio.

—Cuando Juana pueda venir á nuestra boda—respondió Colette que se levantó y se fué á la ventana á respirar.

Su pecho se dilataba.

Estaba segura de ser amada y sabia que á Pedro Auvry no le movia el interés.

El abuelo Gombault la habia mostrado los doscientos francos que el doctor Aubry le habia dejado para ella y su hermana, recomendándole no revelar su indiscrecion.

¡El joven doctor las creia pues realmente pobres!

Fué para ella una gran satisfaccion pensar en la sorpresa que experimentaria más tarde.

—¡Toma!—dijo Colette—Hay gente en casa de vuestro amigo.

—¿Allí enfrente?

—En su ventana.

—Es su tío—dijo Aubry.—¡Un excelente y pobre baron que vive en una landa y que se arruina por suministrar recursos á su sobrino para que se haga hombre!

Era en efecto Santiago de Brandes, que acababa de llegar y tenia una carta en la mano.

La carta que leia y releia, era la que Germana de Roye le habia escrito algunos dias antes.

Una sonrisa entreabria sus labios. Un relámpago de alegría brillaba en sus leoninos ojos. La victoria que esperaba la tenia entre sus manos, completa y más pronta que él podia esperarla.

Además, su sobrino acababa de prevenirle por escrito que la herida estaba fuera de peligro, que él no podia salir del hospital por atenderla y que le esperaba para revelarle un secreto.

¿Qué secreto?

Santiago de Brandes se encogia de hombros y sonreia pensando en esto.

Los términos del billete de su sobrino dejaban presentir la naturaleza del asunto. Andrés se anticipaba á excusarse y preparaba á su tío para la indulgencia. ¡Evidentemente su misterioso amor no estaba estinguido!

¿Pero en dónde estaba el mal, puesto que, gracias á la señorita de Roye, el baron podia asegurar una verdadera opulencia á aquel á quien consideraba como á su hijo?

¡Que Andrés se casase con la jóven de su elección y que nada le hiciera variar de sus propósitos! Santiago de Brandes daría su consentimiento de todo corazón.

En el colmo de sus deseos, él mismo, porque esperaba ganar más tarde completamente á aquella mujer que se entregaba por fin, ¡que podia negar á aquel cuya felicidad deseaba ante todo.

—¡Qué feliz parece!—dijo Colette al doctor Aubry.

—A fé mia—dijo el Turenés abrazando á Colette,—que le desafio á que lo sea más que yo.

Fué preciso separarse.

Eran cerca de las once de la mañana.

Pedro Aubry queria que Colette, á la cual consideraba ya como á su prometida, le acompañara á almorzar; pero ella se excusó.

Esperaba al señor Pescheux y expresó el deseo de estar sola para recibirle, excusándose además con su debilidad y su necesidad de descansar.

El doctor se retiró.

Al pasar por delante de la porteria fué detenido por el abuelo Gombault.

—¿Qué habeis dicho á esa jóven para estar tanto tiempo con ella?—le preguntó el buen hombre.

El Turenés respondió con franqueza.

—No debo ocultaros nada, abuelo Gombault. La he propuesto casarme con ella.

El jardinero quedó completamente sorprendido.

—¡Con la señorita Colette!

—¡Sí, con la misma!

—¡Casaros! ¡Es una epidemia en los médicos!

¿Qué os ha contestado?

—«Gracias, consiento gustosa.»

—¿De veras?

—¡Como os lo digo! ¡Qué alegría!

—¿Cuándo será la boda?

—Cuando su hermana esté buena.

—¡No me canso de admirarme!

—¿No os gusta esto, abuelo Gombault?

—Muy al contrario, á fe mia. ¿Y adónde vais?...

—A dar la noticia á mi amigo de Fresnaye.

—¡Mis recuerdos! Una buena persona, como hay pocas, ¿y cómo os envidiarán las gentes de Tours!

—¿No es verdad que me envidiarán!

El doctor Aubry salió con el corazón inundado de alegría.

A las doce entraba en el hospital Cochin.

Entrada libre

Era un jueves. Este día las puertas de los hospitales se abren de par en par.

La hora de entrar es esperada por los enfermos con tanta impaciencia como esperan los colegas, aun los más estudiosos, la llegada de las vacaciones para ir á pasar unos días con sus familias.

Desde las doce á las tres de la tarde hay libertad de acceso en esos asilos de la miseria y del sufrimiento.

En el fondo de la sala número 1 del hospital Cochin, en la habitacioncita en que Juana Barfleur estaba aislada, cuidada con mil atenciones que se adivinaban por la vigilancia, por el interés de los internos, por los cuidados del cirujano en jefe y por la obstinacion de Andrés de Fresnaye en pasar los días y las noches á la cabecera del lecho de la herida, se encontraba el sobrino de Santiago de Brandes tendido en la butaca, que apenas había abandonado desde la entrada de la víctima de Servoz en el hospital.

Pero sus inquietudes se habían disipado.

Con la cabeza recostada en las almohadas,

rodeada por sus magníficos cabellos rubios, Juana hablaba en voz baja con su enfermero.

—¿De modo que ya no hay cuidado?—le decía.

—No.

—¿Estoy salvada?

—Sí.

—¿Y podré abandonar esta casa?

—Aun no... ¿No estais bien en ella?

—¡Si... os debo la vida, Andrés!

—A mi no—se apresuró á decir el interno.

—No trateis de engañarme... ¡Lo sé todo! Aun cuando no podia hablar os veia cerca de mí y vuestra presencia me daba ánimo. ¡Que bueno sois!

—Lo ignoro...—dijo sonriendo Andrés;—pero lo que sí sé, Juana, es que os amo con toda la fuerza de mi alma, que me sería imposible vivir sin vos, y que si hubiérais muerto os hubiera seguido!

—¿Qué locural

—¡No habéis! Estais tan debil aún....

—¡Por el contrario... me siento fuerte!

—¿Teneis dolores?

—No.

Callaron.

La blanca mano de la jóven se destacaba de entre las ropas de cama.

El interno puso su mano sobre la muñeca de la de Juana.

—¡Ya no teneis fiebre!—la dijo con lo oios llenos de alegría y de amor.

Ella le respondió con una de esas miradas puras como el cielo, que penetraban hasta el fondo del corazón de Andrés.

En la sala inmediata se oía el ruido de las visitas, los besos dados y recibidos, exclamaciones de alegría y á veces ahogados sollozos.

En la puerta de esta sala, que comunicaba con la habitacion en que estaba Juana, se presentó un hombre.

Aquel hombre era Pedro Aubry.

El Turenés tenia la cara expansiva, como la de las personas á quienes cae de las nubes una

herencia de un primo á quien no han visto jamás y por el cual no pueden llorar por lo tanto.

—¡Eh!—dijo acercándose de puntillas y dando un amistoso golpe en la espalda de Andrés, —parece que se ama aquí.

Y viendo que el rostro de Juana se ponía ligeramente colorado:

—No os ruboriceis, querida hermana,—añadió;—el ejemplo es bueno de seguir. Yo lo he comprendido así y os imito.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el interno.

—Que hay personas tan seductoras que no puede uno acercarse á ellas sin ser cogido en la red, y que he quemado mis naves. Me caso con Colette. Vengó á participároslo.

Se inclinó hácia la herida y cogiéndola la mano la dijo:

—¿Me permitiréis besarosla con tal motivo?

Dos lágrimas de silenciosa alegría se deslizaron por las mejillas de Juana.

Y su mano estrechó la del Turenés, quien repuso:

—¡Ya veis que es peligroso para un médico tratar á enfermas que se os parezcan! Ejemplo: vuestro servidor. Yo quedé prisionero desde el primer día. Si me marché fué solo para ir á pedir el consentimiento á mis padres. Es preciso ser respetuoso con los ancianos. Aquellos viejos quieren ya con locura á Colette, á quien no conocen. Yo la quiero con locura porque la conozco. En fin, está decidido. ¡Tengo su palabra y como es una joven honrada, espero que no la retirará!

Un tercer personaje se presentó en la puerta.

—¡Mi tío!—dijo Andrés, corriendo á abrazarle con la efusión de la felicidad.

Pedro Aubry se separó para cederle el puesto.

El interno le retuvo.

—Quédate con nosotros—dijo, cambiando con su amigo una mirada de inteligencia.

Y dirigiéndose al baron, que estaba absorto contemplando la encantadora fisonomía de su hija.

—Tío—dijo con voz que temblaba ligeramente,—el doctor Aubry me da valor para ser franco. Teníamos por vecinas en la calle Jacob á dos pobres jóvenes, dignas de todas las consideraciones y de todos los respetos. Valen más que todas las ricas de la tierra. La más joven es Juana, mi enferma, al lado de quien acabo de pasar tantos días y á quien no hubiera podido perder sin la más profunda desesperación. Nos amamos y os ruego que no os opongais á este amor que hará nuestra felicidad y la vuestra.

—¡Ella!—murmuró el baron lleno de estupor.

—¡Sí, padre!

—¡Cómo! ¿aquella joven de quien tú me hablabas?...

—Era ella.

—¡Y tu secreto... el que debias revelarme?

—Ya lo conoceis.

Por la primera vez, desde hacia veinte años, se enterneció el corazón de Santiago de Brandes. Cerró los ojos, deslumbrado un instante por una nueva claridad.

La Providencia le trazaba su camino.

Cogió la mano de Juana y la colocó en la de Andrés.

—¡Amaos—les dijo—y quiera Dios que seais felices!

El interno se arrojó en sus brazos.

—¡Ah, padre!—le dijo,—¡cuánto te amaremos los dos!

Santiago de Brandes no contestó.

Se inclinó sobre la cabeza de Juana y la cubrió de besos.

Ella oyó que decía con voz conmovida:

—¡Hija mía! ¡hija mía!

Un carruaje se detenía en aquel momento á la puerta del Hospital.

Una mujer, joven aun, de rara belleza, y un anciano de cabellos blancos, bajaron de él.

El anciano presentó el brazo á la dama, quien preguntó al portero:

—¿La señorita Juana Aubin?

El portero se inclinó. No recibía todos los días gentes de aquel porte.

—Sala número 1. En el fondo,—dijo.

Un movimiento de curiosidad levantó todas las cabezas de los enfermos sobre los lechos y las de los parientes y amigos que les visitaban, volviéndose hacia los recién llegados, que atraían despacio la vasta sala.

Cuando la señorita de Roye llegó a la estrechidad de aquella larga galería, el corazón palpitaba violentamente en su pecho.

Se detuvo un segundo medio sofocada.

—¡Vamos, hija mía, ánimo!—la dijo el general.

Al ver á Santiago de Brandes al lado del lecho de la herida, dió un paso hácia atrás. El baron vió este movimiento y se puso livido.

Germana le aborrecía y le tenía. Pero aquella impresion fué corta.

Después de lo que acababa de saber, nada podía conmoverle. Ni aun le llamaba la atención el cómo se encontraba Germana al lado del lecho de su hija, ni por qué milagro había llegado hasta allí.

Se separó, se puso de codos sobre la chimenea y apoyó la cabeza en la mano derecha.

El interno se acercó á la señorita de Roye y al general, ofreciendo á este su única butaca.

Germana se dirigió al lecho de la joven, quien les miraba con inquieta curiosidad á ella y á su tío.

La madre, por su parte, no dejaba de contemplar á aquella angelical cabeza que no la era desconocida, y se preguntaba dónde la había visto.

La emoción le oprimía la garganta impidiéndola articular ni un sonido.

Así era como ella veía en sueños á su hija, con aquel rostro puro y delicado, con aquella exquisita distinción y con aquella belleza que cautivaba.

Por fin hizo un esfuerzo sobre sí misma.

—Hija mía—comenzó—si vengo á molesta-

ros, no es por vana curiosidad; lo que me trae es vuestro interés unido al de otra persona, al de una mujer para quien sois muy querida. Contestad, pues, os lo suplico, á mis preguntas, con sinceridad, sin reservas, y como si lo hiciérais á la mejor de vuestras amigas. Me llamo la señorita de Roye. Vengo acompañada de mi tío el general de Treville, mi único pariente, con el señor de Brandes y su sobrino Andrés de Fresnaye, á quienes veo á vuestro lado. No somos, pues, completamente desconocidos aquí.

—¿Preguntadme, señora,—dijo Juana, guiada por un presentimiento—y os responderé.

—¿Estais muy delicada aun? Tal vez una emoción pueda ser peligrosa para vos.

La señorita de Roye consultó con una mirada al interno y á su amigo Aubry.

—No—dijo Andrés.—Felizmente ha desaparecido todo peligro.

—¿No sois vos á quien encontré hace algún tiempo en la Opera?

—Sí, señora, esta primavera. Me acuerdo haber pasado al lado de una señora que se os parecía.

—Aquel día no se que imán me atraía hácia vos. Hubiera querido hablaros como hoy, y de pronto desaparecisteis. Ibais acompañada de una joven morena.

—Era mi hermana.

—Y de una señora anciana... Vuestra madre sin duda.

—No, señora.

—¿Pues quién era?

—La señora Chambly-Salvador, quien nos recogió en 1870.

—¿En dónde?

—Cerca de Barfleur. Eramos huérfanas y estábamos solas en el mundo.

—¿Cómo se llamaba vuestro padre?—continuó Germana.

—Aubin... Simon Aubin—respondió Juana.

—Yo creía que no habíais conocido á vuestros padres... Lo suponía al ménos, por ciertos in-

formes que he podido obtener. ¿Simon Aubin era efectivamente vuestro padre?...

—El padre de Colette, sí señora, pero no el mio.

La voz de la joven se alteró.

—Yo —añadió,— soy una criatura abandonada.

La señorita de Roye tomó la mano de Juana entre las suyas.

—Perdonadme—la dijo—que renneve vuestras penas; pero tocan á su término, hija mia, y creo que una gran dicha os espera.

—¡Una dicha!

Juana miró al interno.

Su mirada quería decir:

—¿Qué mayor dicha puedo esperar que la que os debo!

La señorita de Roye continuó:

—Por ejemplo, la de encontrar á una madre, de cuyas manos os han arrebatado, quien os llora y os busca desde hace muchos años.

Juana llevó su mano al corazón.

Había perdido aquella esperanza desde hacía mucho tiempo.

—¡Ah, señora!—murmuró,—¿para qué engañarme? ¡Esa madre de que habláis no la veré jamás!

—Tal vez sí.

Juana se estremeció al oír esto.

Sus ojos se fijaron en el rostro de Germana... los cerró despues en una especie de éstasis.

Acababa de entrever la verdad.

Germana continuó:

—¿No fué un sacerdote anciano quien os depositó en casa del pescador?

—Así me lo han dicho en efecto, señora.

—¿Se llamaba?

—El abate Hubert.

—Fuisteis bautizada la misma noche con el nombre de Juana Barfleur.

—Es verdad.

—Despues de las desgracias que os arrebatá-

ron á aquellos padres adoptivos, os recogió una señora.

—La señora Chambly.

—¿Permanecisteis á su lado hasta su muerte?

—Sí, señora.

—¿Y despues?

—La señora Chambly murió repentinamente.

Nos vimos obligadas á abandonar su casa y á buscar una colocacion para vivir mi hermana Colette y yo.

—¿Amais á esa hermana?

—Si la conocieseis la amaríais como yo.

—Juana—dijo Germana con indecible emocion—preparáos á una grande alegría. Vais á volver á ver á vuestra madre... ¡Ella es quien me envía!... ¡Este beso que os doy es por ella! Esta tarde la conoceréis.

Se unieron sus labios.

Una llama de ternura y de amor iluminó los grandes ojos de la enferma, y pasando su brazo alrededor del cuello de Germana, la dijo con voz débil como un suspiro:

—¡Mi madre sois vos!

—¡Calla, hija mia!

Se confundieron sus lágrimas, lágrimas deliciosas con las cuales se dilataban sus corazones.

Cuando la señorita de Roye se levantó, Santiago de Brandes estaba de pié á su lado.

—Germana —dijo— no me volvereis á ver más... Permittedme estrechar á vuestra hija...

Únicamente Germana pudo oír aquella súplica.

Le miró con dulzura y le respondió:

—No tengo más que amor en mi corazón.

En aquel hombre tan violento y tan enérgico, se habia operado un cambio completo.

Sus húmedos y brillantes ojos rebosaban lágrimas.

Los mártires debían tener, al marchar al suplicio, aquella especie de exaltacion que se veía en el rostro del baron, por la cual se adivinaba el heroismo del sacrificio.

Aquella transfiguracion conmovió á Germana.

—He causado el mal—repuso Santiago,—Dios lo reparará.

Germana trataba de comprender el sentido de aquellas palabras, cuando su atencion fué distraida un momento por un accidente singular.

Un viejo aldeano vestido de chaqueta, sobre la cual llevaba una larga blusa azul, rodeado su cuello por una corbata encarnada y un ancho sombrero de fieltro en la mano, acababa de entrar en la habitacion diciendo:

—Muy buenos dias. ¿Podriais decirme si está aquí Juana Aubin?

Andrés de Fresnaye fué quien le contestó.

—Sí, señor, aquí la teneis. ¿Qué quereis?

—Desearia saber si es la señorita Juana Aubin de Barfleur.

—Justamente.

—La hija de un pescador que se ahogó, Simon Aubin.

—En efecto.

—Y de Magdalena Roguet.

—Magdalena me crió—dijo Juana.

—Sí, ya lo sé—repuso el aldeano.—Magdalena no era vuestra madre... os tenia en su casa. Pero lo mismo dá... Así lo creo yo. ¿Teniais una hermana?

—Sí, Colette.

El rostro del anciano se alegró.

—¡Esa es!—dijo.—¡Dios mio... esa es Colette... la pequeña Colette Aubin!

Una joven morena llegaba en aquel momento, á algunos pasos detrás del anciano.

Se puso al lado del aldeano y le dijo:

—¡Colette soy yo!... Vos sois el tio Roguet, el colono de Landemer.

—¡Ay de mí sí. Tengo mucho que censurarme por mi mal comportamiento para con vosotras.

El aldeano miraba á Colette con admiracion.

—¡Qué hermosa eres!—la dijo.

Y dirigiéndose á los asistentes, añadió:

—Es mi sobrina, señores, mi sobrina, la propia hija de Magdalena Roguet, que era hija de mi hermano, una huérfana á quien yo habia criado. Dejé morir á la madre de pena, por testarudez, por maldad, como un bruto que era yo, porque se casó contra mi voluntad. Ella estuvo en mi casa en Landemer, en un sitio en donde á Dios gracias hubiera podido ocupar á todas, á rogarme que la recogiera con sus dos hijas. ¡Y yo fui sordo como un arado! Pero puesto que vuelvo á verla, me alegro mucho. No quedarán en el Hospital. Tengo allí para ellas buenos bienes, sin contar con el dinero, que no falta.

El viejo aldeano examinaba con entusiasmo, cogiéndola de las manos, á su pequeña Colette, quien mirando á su amigo Pedro Aubry se reia y lloraba á la vez.

—Apenas se habian marchado—continuó el viejo Roguet—cuando fui á buscarlas como un pastor que ha perdido su rebaño. Sentia haber sido tan obstinado, y además me daba vergüenza, pero era demasiado tarde. Cuando el mal está hecho, es cuando se reconoce. No las hubiera vuelto á ver más á no haber llegado á mis manos un periódico... Es preciso que me perdoneis, hijas mias. He espiado bien mi falta. ¡Pero puesto que os veo estoy contento!

Colette le condujo cerca del lecho de Juana.

—¡Ah, tí!—le dijo—¡cuán feliz seria mi pobre madre si os oyerá!

Germana buscaba con la mirada á Santiago de Brandes.

Este habia desaparecido.